AÑO III — BUENOS AIRES, 14 DE ENERO DE 1924 — N.o 104

LA PROTESTA

PRECIO 10 cts. SUPLEMENTO SEMANAL PORTE PAGO

U. Telefónica 0478 B. Orden — Redacción y Administ.: PERU 1537 — Valores y giros a A. Barrera

Acción gremial y propaganda anarquista

Para un anarquista militante tiene mucha importancia la discusión de tópicos relacionados con sus cotidianas actividades en la propaganda de ideas. Y la tiene igualmente el hecho de que pueda, en todo lo posible, mantener una lógica consecuencia entre lo que piensa y lo que hace: ser, dentro y fuera del hogar, en la teoría y en la práctica, un hombre que se siente orgulloso de su ideal.

Si existe una contradicción permanente entre nuestra personalidad moral y lo que somos "económicamente" — entre el propagandista de una idea de libertad y el hombre sujeto a un régimen de expolio y de violencias —, será difícil señalar a los trabajadores, con el ejemplo, el valor real de nuestras teorías libertarias. Y nuestra obra, diluída en un ambiente dominado por todos los vicios, apenas interesará a los pocos obreros que lograron emanciparse de la tutela de los jefes de las distintas religiones que subyugan el espíritu y obscurecen la razón de los ignaros.

Empeñados como estamos en buscar la razón de ciertas contradicciones que observamos en la propaganda anarquista — y principalmente en lo que se refiere a la práctica del sindicalismo —, planteamos frecuentes polémicas con compañeros que tienen un concepto distinto de estas cuestiones tácticas. Y, tomando como punto de apoyo opiniones vertidas alrededor de un tema muy discutido y no del todo aclarado, formulamos estos previos interrogantes: ¿Hasta dónde es posible conciliar la acción gremial de los trabajadores con la propaganda doctrinaria de los anarquistas? ¿Qué línea divisoria, efectiva o imaginaria, separa al anarquismo del movimiento obrero, y en qué punto de la actividad subversiva nos confundimos con el proletariado que emplea en sus luchas la acción directa? ¿Deben los anarquistas hacer suyas todas las protestas activas de la clase obrera e impulsar sus acciones en un sentido cada vez más revolucionario?

De la contestación a estos interrogantes depende el porvenir de nuestro movimiento cultural y emancipador y la influencia que en el futuro ejerzamos en las organizaciones proletarias. Porque es necesario reconocer que el anarquismo, ya se entregue a la lucha de clases y se deje dominar por las tendencias reformistas que hoy prevalecen en el movimiento obrero, o ya se abstenga por completo de participar en las contiendas entre el capital y el trabajo, esterilizará por igual las energías de los pocos militantes que logren substraer su espíritu a la influencia del ambiente y reaccionar contra todas las ficciones revolucionarias.

No se quiere reconocer el error de la neutralidad ideológica en el campo de acción donde son más frecuentes los choques de tendencias y de intereses. El renunciamiento a las propias ideas — cuando son las ideas las que deben definir el carácter de toda lucha social—, colocó a la mayoría de los anarquistas en un plano de inferioridad frente a los partidos políticos. Por respeto al pensamiento de los adversarios — y muchas veces por temor a "intoxicar" a los obreros con ideas que no podrían digerir... — los compañeros que en Europa militan en el movimiento obrero se empeñaron en hacer del sindicato un campo ideológicamente neutral. Aceptaron la organización como un recurso para la lucha de clases, negándole toda posibilidad de transformación en instrumentos de cultura revolucionaria, sin darse cuenta de que su prescindencia favorecía a los profesionales de la política y dejaba librado el campo obrero a la influencia de los elementos pervertidos por el ambiente y ganados por la burguesía.

Gracias a esa indiferencia de los anarquistas por las cuestiones morales que lleva aparejada toda lucha colectiva, el sindicalismo revolucionario se extravió en la encrucijada del posibilismo... La posibilidad de una revolución llevó al sindicato a grandes masas de trabajadores ilusionados por una fácil conquista. Y esa marea revolucionaria arrojó sobre el movimiento obrero toda la resaca de los partidos políticos, imponiendo la prevalencia de su espíritu chato y utilitario en perjuicio de las ideas de libertad y de justicia pregonadas por el anarquismo.

En lugar de reaccionar contra esa avalancha de apetitos y de odios que ha hecho del campo obrero una ciénaga, hay compañeros que se empeñan en ahondar aún más la diferencia que, teóricamente, mantienen los que dividen sus actividades en dos esferas de propaganda: en el grupo doctrinario como anarquistas y en el sindicato como sindicalistas. Esa división entre el pensamiento y la acción, por lo mismo que establece una pluralidad de movimientos casi siempre antagónicos, es la que esteriliza las energías de los militantes que aceptan esa doble personalidad...

Se sostiene que en el sindicato sólo deben plantearse cuestiones de orden económico. Pero, aun aceptando esas restringidas funciones para los gremios obreros ¿es posible llegar a un acuerdo con los elementos políticos y reformistas, que nos permita resolver los problemas económicos sin desmedro de nuestra personalidad? La lucha contra el capitalismo, si bien es cierto que identifica a todos los obreros en un común propósito, ¿no plantea también conflictos de orden moral y que obligan a la intervención de los grupos políticos e ideológicos que aceptan esa arma de lucha?

Una simple huelga por mejoras económicas plantea de hecho los antagonismos que con tanto empeño quieren ocultar los neutralistas. Aceptando que todos los obreros — anarquistas, sindicalistas, socialistas e indiferentes — estén contestes en plantear al patrono una situación de fuerza, será difícil que mantengan el acuerdo en el momento de solucionar el conflicto. En primer lugar, se plantea en la asamblea del gremio afectado la conveniencia de prolongar o no la lucha, de emplear la acción revolucionaria o recurrir a la caja de socorro y a la solidaridad pecuniaria de los demás trabajadores; y luego, ante un posible arreglo, entran también en juego las diversas influencias doctrinarias: una parte propone el arbitraje y otra lo rechaza, los más aprueban cualquier condición para volver a trabajar y sólo una minoría se resiste a vergonzosos pactos y humillantes derrotas. ¿Qué sucede entonces? Que la división queda planteada en el sindicato, porque el vínculo económico — el interés de clase — no fué lo suficiente poderoso para evitar que las "ideas particulares" atentaran contra el supuesto acuerdo colectivo. ¿Y quién sería en ese caso el promotor de la división? ¿A qué grupo se le podría achacar el propósito de destruir el bloque de fuerzas que no resistieron la prueba de una simple

YA SE VÉ

—Gracias a tí, marqués, vivimos la epopeya más grande de estos heróicos tiempos
—Y a Lenin y Mussolini, nuestros maestros, majestad...

escaramuza con el capitalismo?

El movimiento obrero no puede substraerse a la influencia política e ideológica de los grupos activos que en él actúan. Y si reconocemos esa realidad—si aceptamos la organización proletaria como es y no como nosotros quisiéramos que fuera — es preciso definir nuestras posiciones en el sindicalismo, disponiéndonos a ocupar un puesto de responsabilidad en los órganos de lucha que, por ser obra nuestra, sean capaces de responder a nuestras orientaciones revolucionarias.

Ni entregados por completo al sindicalismo ni equidistantes del movimiento obrero, queremos nosotros que se desenvuelva la acción anarquista. No puede achacársenos el error del individualismo presuntuoso y estéril. Pero tampoco caemos en el vicio de confiar a los sindicatos toda la obra cultural y revolucionaria que está llamado a desarrollar el anarquismo.

Esta es la cuestión capital para nosotros: el sindicato es un medio de acción, el mejor y más eficaz para los trabajadores. Pero el sindicato no realiza una simple lucha económica, ni es tampoco la organización de clase que une a todos los asalariados en un propósito común. En su seno se debaten, a la par que intereses materiales, ideas y principios que promueven antagonismos: expresa en su actividad el pensamiento de los hombres que lo integran y realiza lo que son capaces de plantear y mantener los militantes activos y convencidos de la bondad de un ideal.

De esa conclusión sacamos como consecuencia esta norma de conducta: los anarquistas deben romper las organizaciones mastodónticas que sólo mantienen su unidad orgánica mediante la disciplina y la autoridad de los jerarcas del sindicalismo. Al obrar así, no pretendemos transformar en grupos anarquistas a los sindicatos — alguien nos ha tildado de anarco-sindicalistas, por desconocimiento de la historia y las características del movimiento revolucionario de la Argentina —, sino simplemente mantener un medio propio de influencia en el movimiento obrero y dotar al anarquismo de un arma de lucha que les permita hacer frente a los políticos reformistas y pseudo revolucionarios.

He ahí, pues, el punto de cohesión que necesita el anarquismo para poner fin a las contradicciones del sindicalismo llamado revolucionario y reconciliar a los anarquistas con sus propias ideas dentro de los organismos obreros. ¿Que esta táctica entraña algunos peligros? Es posible. Pero más peligrosa es la táctica del neutralismo y más errores cometen los que la aceptan como un recurso para mantener la unidad de clase que conspira contra nuestras ideas y atenta diarimente contra la independencia de nuestro movimiento.

La ilusión unitaria es insostenible. Ningún antecedente existe en la historia del movimiento obrero que nos permita confiar a la unión de los trabajadores la tarea de realizar el cambio social anhelado. Son las ideas las que trabajan, en la conciencia del hombre, los valores revolucionarios que lograrán en un futuro próximo o lejano transformar el orden de cosas establecido. Y si no es posible conciliar las diversas fracciones políticas e ideológicas — si no existe, por ejemplo, un punto de contacto entre el socialismo de Estado y el anarquismo—¿por qué empeñarse en abrigar la ilusión de esa unidad imposible?

Seamos lógicos. Estudiemos el movimiento obrero por lo que es y no por lo que quisiéramos que fuere, y obremos en consecuencia, no como entidades de un simple sistema económico que nos constriñe y obliga a una lucha feroz por la conquista del pan, sino principalmente como individualidades saltadas del engranaje de la máquina política y económica para paralizar sus movimientos y destruir sus funciones.

Emilio López Arango

Robert Bodanzky

El 1º de noviembre falleció en Berlin el camarada Robert Bodanzky, conocido bajo el pseudónimo de *Dantón* por sus contribuciones poéticas a la prensa libertaria alemana. Su colección de escritos "*Wenn der Glorienschein verbleicht*", poesías antiguerreras en verso y en prosa, revela una personalidad vigorosa y consciente, y es ahora que este escritor no existe cuando apreciamos todo el valor de una pluma como la suya.

La vida de *Dantón*, es toda una tragedia. De familia burguesa, rompió pronto con los estudios a que querían dedicarle y siguió varios años la caravana de cómicos de la legua, con el hambre y la penuria por compañeras inseparables. Más tarde se hizo libretista de operetas y mejoró algo su suerte. En 1917 conoció a Pierre Ramus, quien le puso en contacto con las ideas y la táctica del anarquismo. *Dantón* "encontró en el anarquismo, que yo le he enseñado, la expresión teórica y psicológica de lo que le había inspirado siempre y ocupado espiritualmente"; — dice Ramus. Comenzó su actividad en el período de terminación de la guerra. En su casa en Viena se celebraban frecuentes reuniones de antiguerreristas, luego comenzó la aparición de *Erkenntnis und Befreiung*, y en esa publicación hizo popular su nombre en los medios anarquistas por el humor de sus escritos y la claridad de las ideas expuestas.

En estos últimos años vivía en Berlín, trabajando siempre en el teatro y en lucha constante con la miseria. El pseudónimo de *Dantón* contrastaba con su debilidad corporal, pero armonizaba con la grandeza de su espíritu. Nació en Bohemia y dejó la vida a los cuarenta y cinco años de edad.

Ramus escribe: "Se ha roto de nuevo un corazón de nuestra causa, ha saltado prematuramente una cuerda de la vida de nuestro movimiento y de su ideal".

La educación Solidaria y los Sindicatos

Una de las condiciones poco buenas del sindicalismo es que todos los que se especializan, como agitadores y organizadores, en el movimiento sindical acaban poco a poco por dar demasiada importancia a las tareas y resultados prácticos y momentáneos de la organización, y por tener muy poco en cuenta sus ventajas morales.

Este error, mientras perpetúa las ilusiones reformistas y prepara desilusiones tal vez irreparables, genera también en los sinceros revolucionarios un desaliento peligroso y un exagerado pesimismo que los aleja del contacto con la masa obrera, de sus luchas cotidianas y de su organización de clase. Hay que reaccionar contra este error; y esto es posible, no ya exagerando los beneficios de la organización obrera y cerrando deliberadamente los ojos sobre sus faltas y sus defectos, sino más bien teniendo el valor de repetir a cada instante cuán poca eficacia tiene toda conquista antes de la revolución, y denunciar — esforzándose por corregirlos lo más posible — en toda ocasión los errores y los defectos del sindicalismo.

Estos defectos y estos errores son más que evidentes. También la organización obrera, desarrollándose en plena sociedad burguesa, sufre de ésta la deletérea influencia, a la que nunca podrá substraerse del todo. Y también independientemente de eso, la organización obrera participa de la imperfección de la naturaleza humana; y por más que se la quiera perfeccionar, nuestro espíritu crítico encontrará siempre tales y tantos inconvenientes que, si se debiese estar sólo sus resultados prácticos y materiales inmediatos, deberíamos concluir a su respecto que "la empresa no compensa el gasto".

Veremos otra vez las tendencias malsanas de la organización obrera; sin embargo, a pesar de todo no podemos disimularnos una verdad esencial: que la orgnanización obrera es siempre el medio imprescindible para nosotros de mantenernos en contacto con las masas, sin las cuales toda revolución es imposible: el medio mejor para preparar la sociedad futura y el ambiente necesario al desarrollo de nuestra propaganda y de nuestra acción revolucionaria.

Hoy, especialmente, que los políticos atraviesan un período de grave decadencia y tienden a fraccionarse al infinito, la masa obrera organizada es para nosotros como el agua para los peces: el elemento en que podemos movernos y vivir la acción revolucionaria. Del mismo modo que el agua de un vivero puede estar más o menos corrompida, el elemento de las masas organizadas puede ser más o menos rehacio a nuestra acción; pero como saliendo del agua todos los peces morirían, así nosotros apartándonos de la organización y del movimiento proletario veríamos aridecer mucha de nuestra vitalidad política.

Aún aquellos revolucionarios que deliberadamente no se mezclan al movimiento obrero, si conservan una propia eficacia de influencia es porque entre ellos y la masa hay, como punto de unión, una fracción revolucionaria de obreros que participa en el movimiento. Si ésta llegase a faltar pronto los anarquistas y los revolucionarios estarían cortados fuera del mundo y tendrían con él la misma relación que tienen ciertas sectas teosóficas de las que sólo por casualidad, de cuando en cuando, se percibe la existencia.

Si el objeto del anarquismo consistiese sólo en elaborar un sistema filosófico, tal aislamiento no sería un gran mal. Pero nosotros somos revolucionarios, queremos hacer la revolución, y para hacerla nos es absolutamente necesario no cortar los puentes entre nosotros y el elemento proletario, — sin el cual una revolución será imposible, y el cual sin nuestro concurso podría también volverse un obstáculo para la revolución misma o dar a ésta una orientación deletérea.

• • •

Estas razones de oportunidad y de utilidad tienen ciertamente mucho valor; sin embargo, no son las únicas que nos impulsan a favorecer la organización proletaria. Hay siempre, por lo demás, una relación entre la utilidad que se puede reçabar de un dado movimiento y su bondad intrínseca. Y el movimiento del proletariado organizado tiene también una bondad intrínseca. Solo que esta bordad consiste muy limitadamente en las conquistas prácticas y momentáneas que pueda favorecer; mientras lo que tiene una importancia en mucho superior son sus ventajas morales.

Cuando la Internacional, por ejemplo, hizo suya la frase del Manifiesto de los Comunistas "¡Proletarios de todos los países, uníos!" un escritor burgués entonces en boga dijo que desde aquel momento empezaba en el mundo algo nuevo, que habría cambiado el curso de la historia. El hecho saliente no era ésta o aquélla teoría especial aceptada por el proletariado internacional, sino ,sobre todo, la idea de la solidaridad, por encima de las fronteras, de todos los trabajadores contra el capitalismo.

Después de haber sido exaltada por poco tiempo en el seno de la Revolución Francesa, la idea de la fraternidad de los pueblos y de la igualdad humana había sufrido una detención de desarrollo. Se había encargado la misma clase salida triunfante de la revolución de desacreditarla, mandando a Napoleón a la cabeza de sus ejércitos a imponer tasas y tiranizar, en nombre de la fraternidad y de la libertad, a casi todos los pueblos de Europa.

Además los idealistas revolucionarios de la primera mitad del siglo XIX, quedando exclusivamente sobre el terreno político, vale decir sobre el terreno estatal, cuando aún la concepción política de la anarquía no había conquistado su derecho de ciudadanía en el pensamiento moderno — aunque como Lamennais, Mazzini, Garibaldi, Víctor Hugo, Pi y Margall, etc., entonaban himnos a la libertad de los pueblos, la concebían a través de una entente con los Estados, como una federación política, militar, aduanera, a la que el alma popular permanecía extraña porque sentía instintivamente que todo Estado era su enemigo, y que un acuerdo entre los Estados no habría mejorado gran cosa la situación de las clases oprimidas.

En cambio, la Internacional puso directamente en contacto entre sí a los trabajadores de las diversas naciones, por fuera y por encima de todas las fronteras, contra toda política estatal, y acercó el pensamiento y el sentimiento de los unos al de los otros, y en cierto modo los unificó. El sentimiento de solidaridad entre los pueblos de todos los países desde entonces se amplió siempre más; y lo que a través de los siglos había sido el sueño de pocas almas selectas de pensadores geniales, fué en la Internacional de los trabajadores un hecho, — cuyas consecuencias prácticas, cuyos resultados inmediatos no han podido vencer las resistencias del ambiente estatal, militarista y monopolista, y por eso no han conseguido impedir el gran mal de las guerras, —pero que no obstante quedó como un hecho de altísimo valor moral.

La organización sindical no debe renunciar jamás a esta parte de su patrimonio ideal. Es decir, debe evitar encerrarse en el ámbito de los egoísmos nacionales — como desgraciadamente ha acontecido con las organizaciones de gran parte de Europa y de los Estados Unidos durante la guerra — y, sin renunciar a defender localmente en todas partes los derechos de los trabajadores, debe guardar y desarrollar el espíritu humano que ha tenido desde su origen y buscar de ser uno de los coeficientes de la formación de aquella fraternidad de los pueblos que ha sido la aspiración de todas

las almas selectas y sin la cual no habrá nunca paz, justicia y libertad en el mundo.

• • •

Pero como en la naturaleza todo va de lo simple a lo compuesto, de lo particular a lo universal, la primera educación de este sentimiento de solidaridad que, desarrollado, llegará a abrazar y reduinir a toda la humanidad, empieza en los primeros más pequeños núcleos obreros que localmente se forman y desenvuelven su actividad.

El obrero es llevado por el interés propio a unirse a sus compañeros para ser menos explotado por los patrones; pero la unión, una vez formada, desarrolla en él el sentimiento fraterno para los otros. Tal que, mientras ayer sufría sólo de sus males, hoy sufre, se indigna y se rebela también por la infamia cometida en daño de sus compañeros, por los sufrimientos de todos sus semejantes. A medida que de hecho o espiritualmente sus relaciones se extienden, del sindicato del oficio a la cámara del trabajo local, a la federación provincial o regional, a la confederación nacional, etc., el sentimiento de solidaridad se amplía también y el primitivo egoísmo se modifica, se atenúa y es corregido y humanizado por un espíritu altruísta siempre más vasto.

Todo esto constituye una gran ventaja moral, de la que como anarquistas y como revolucionarios no debemos ni podemos desinteresarnos cuando nos ocupamos de la organización obrera; porque la educación en la solidaridad es la primera condición *sine qua non* de una sociedad basada en la igualdad y en la justicia.

Cuando los trabajadores sientan de modo casi instintivo que la causa de una parte de ellos es la misma que la de los otros, cuando se hayan habituado a ver, cada uno, en el interés del compañero de trabajo su propio interés; cuando el dolor y la alegría de una fracción de la clase obrera sean el dolor y la alegría de todos los trabajadores, aún los más lejanos, aún los de más distinta raza, lengua y costumbres; cuando la ofensa al derecho de uno o más obreros sea verdaderamente sentida como una ofensa hecha a todos, y el ofensor sea considerado enemigo común, y traidor de todos si pertenece a la clase obrera misma, — entonces no sólo será posible la revolución igualadora, sino que será posible el surgir de una sociedad regida por libre pacto, sin coacciones autoritarias y estatales.

Con esto no pretendo, naturalmente, decir cosas nuevas. Al contrario, todo esto es ya tan bien comprendido por los revolucionarios, que casi este deseo del desarrollo de la solidaridad nos parece inútil afirmarlo. Tanto lo hemos reconocido justo todos, y desde hace tanto tiempo, que hemos acabado por considerarlo ya satisfecho. Sin embargo no es así: los socialistas, y especialmente los anarquistas, poseen ya este espíritu de solidaridad entre ellos de modo bastante fuerte; pero la masa obrera está muy lejos aún de estar saturada de él todo lo que necesitaría para una acción revolucionaria hoy y para una obra de reconstrucción mañana. La mayoría de la clase trabajadora, si no está dividida más — al menos entre nosotros, en Europa—por odios de raza, está sin embargo separada por mucha indiferencia de los unos hacia los otros.

La organización sirve admirablemente para desarrollar el sentimiento de solidaridad, haciéndolo brotar de la comunidad de los intereses materiales. El obrero que vive la vida de la organización participa, a través de ella, en la vida de toda su clase. Empieza ligándose con un vínculo solidario a los obreros de su oficio en su país — lo hemos ya notado — y la liga de oficio lo pone en contacto con la masa organizada de los otros oficios. Así entre los diversos gremios se establece el pacto del mutuo apoyo.

Cuando un gremio entra en lucha contra los patrones, los otros le ayudan con todos los medios; y cada uno dá su solidaridad, seguro de poder contar, cuando la necesite, sobre la solidaridad de aquellos a quienes ayudó antes. Y la solidaridad se extiende más allá del pueblo o de la ciudad... Ahora no se cuentan ya las batallas del trabajo que, ganadas o perdidas, se han librado con el concurso directo o indirecto de organizaciones de otras ciudades y regiones, y de otras naciones.

Cuando esta ayuda se limita a la parte financiera, su eficacia práctica es muy relativa; pero su eficacia moral es enorme. El obrero pisoteado y maltratado por los patrones y por las autoridades de su pueblo, al saber que en todas partes donde puede llegar su reclamo, donde puede llegar el llamado de su organización, otros innumerables obreros son con él solidarios y lo acompañan con sus votos, aprueban sus audacias, comparten el dolor de las ofensas que le son infligidas y la alegría de sus victorias, y que su enemigo es odiado y combatido en todas partes por sus hermanos de trabajo y de aspiraciones, —todo esto lo eleva ante sí mismo, le da el sentido de una fuerza infinitamente superior a la que tendría si esto no sucediera, y educa la conciencia de clase y a la vez su dignidad individual.

Luigi Fabbri

Algunos precursores del anarquismo moderno

Esbozos biográficos y extractos

I Ernest Courderoy — (1825--1862)

I

Por precursores comprendo a los hombres que no eran todavía representantes completos de las ideas anarquistas, como a algunos otros, los aislados poco conocidos y casi olvidados, que han concebido completamente y propuesto las ideas, pero que por diversas razones no han podido ejercer una influencia más vasta, transmitida a una generación futura, como supieron hacer los verdaderos fundadores, ayudados por sus adherentes, su escuela o sus camaradas. El término precursor no implica, pues, necesariamente una imperfección y una inferioridad objetivas; puede aplicarse a hombres en cuyo cerebro ha podido florecer la idea anarquista de la manera más bella, pero en quienes esa floración fué prématura o estuvo expuesta a tales accidentes que no ha podido fructificar. Pero ningún esfuerzo se pierde completamente; muchos detalles de la antigua filiación de las ideas que nos son desconocidos, y hasta los más olvidados, obran aun frecuentemente en las ideas de los que saben encontrarlos.

Nuestra literatura no es todavía tan rica como para hacer caso omiso de los buenos autores, por antiguos que sean, y si al leerlos reflexionamos, por ejemplo, en qué nuestros conocimientos presentes modifican y perfeccionan lo que ellos han meditado hace mucho tiempo según su experiencia de entonces, realizamos un trabajo intelectual útil. Su vida personal, su gran aislamiento y sus luchas nos animarán, porque, bien que más numerosos, nosotros vivimos aún, relativamente, en un mundo enemigo en que todo tiende a ahogarnos, a aplastarnos. Extendamos, pues, nuestra solidaridad a esos viejos camaradas, y escuchémosles de tanto en tanto. Una de las figuras más interesantes entre ellos, el que ha dejado una obra literaria que encierra a menudo la anarquía más pura y sublime, fué Coeurderoy.

Se trata de un joven médico francés, refugiado en el extranjero a causa de la jornada movida del 13 de julio de 1849, republicano socialista primeramente, pero que se rebeló al fin contra la dictadura y la incapacidad de los jefes de escuela y de los jefes de partido y proclamó altamente las ideas anarquistas y una concepción particular bastante curiosa de la revolución social universal. Eso le valió el destierro en el destierro, el aislamiento absoluto. Expresó sus ideas en publicaciones bastante difundidas, en unas 1500 páginas bien repletas, impresas desde 1852 a 1855; después no habló más y pereció de una manera trágica en 1862. Sus libros y folletos se hicieron rarísimos y su memoria, sobre todo la comprensión de la extensión de sus concepciones anarquistas, se perdía. Un viejo obrero francés de la Internacional, socialista muy moderado él mismo, pero tolerante en opinioner conservó a la vez la tradición y algunos escritos de Joseph Dejacques, — este otro anarquista precursor — y de Coeurderoy, lo que les hizo entrar en la *Histoire du socialisme*, de Benoit Malon. El viejo Lassusie me comunicó igualmente, en 1889, esta tradición y un libro de Coeurderoy, y desde entonces me esforcé por reunir su obra y lo he logrado. Después de la lectura, me dominó una gran curiosidad por reconstruir la vida del autor, lo que fué muy difícil y quedan aún muchos problemas que, habiendo desaparecido todos los contemporáneos, no se resolverán jamás. Compiló, sin embargo, una biografía bastante extensa, pero al fin preferí ceder la palabra a Coeurderoy mismo, mediante una reimpresión de su obra principal, los *Jours d'Exil*, que apareció en la "Bibliotequ sociologique" (París, P. V. Stocke, 1910-11) en tres volúmenes (1324 páginas y 95 páginas de introducción biográfica que resumen mis investigaciones). Después, en 1911, en la pequeña ciudad francesa en que había sido educado, dí con dos fuentes de valor excepcional que transmitían impresiones contemporáneas lejanas y la tradición que se derivaba de su madre. No pocos problemas fueron resueltos entonces, otros están todavía en pié; esos resultados están aun inéditos. No pienso exponerlos ahora, pero haré entrar su valor principal en el breve relato biográfico que daré aquí. Cuando se conozca al autor por los extractos cuando menos, se comprenderá que los que abren uno de sus libros preguntan siempre: "¿Pero cómo es que este autor ha quedado desconocido? ¿no se sabe nada de su vida, de sus otros escritos, de sus relaciones con los camaradas? ¿por qué permanece desconocido?" — A eso voy a responder aquí.

Jean Charles Ernest Coeurderoy nació el 22 de enero de 1825 en Avallon (departamento del Yonne) y pertenece propiamente a la ciudad de Tonerre, en el mismo departamento, donde se fijaron sus padres desde su primera infancia en la casa heredada por su madre, una hermosa casa burguesa que ha dejado con su fortuna a la ciudad y al Hospicio de Tonerre cuando, la última de una familia que se extinguía con ella, murió en 1884; la casa lleva la inscripción: "Fondaction Ernest Coeurderoy". Pero si el nombre ha sido conservado por este acto cívico de una madre que no vivía más que en la memoria de su hijo muerto joven y desdichado, las ideas de su hijo, su obra, permanecían y permanecen desconocidas en Tonerre. El matrimonio de sus padres, descendiendo de familias de vieja cepa borgoñona, había sido sobre todo un matrimonio de interés entre el joven doctor Charles Coeurderoy y una joven heredera bastante rica de Tonerre, y el hijo único vivió el espectáculo de un matrimonio burgués desunido. Su padre era por lo demás un buen hombre, médico inteligente y abnegado, y demócrata republicano del matiz de la "Reforma" (Ledru-Rollin) y hasta fué nombrado por el comisario del gobierno provisorio de 1848 para el Yiohne subcomisario para la ciudad de Tonerre. Pero tenía debilidades personales y su hijo vió quizás desde temprano el fondo y el reverso de muchas cosas, — políticas y de otra naturaleza — que brillaban en la superficie. Su madre poseía entonces una propiedad del padre, Baillot, en la proximidad de la ciudad, casa de campo, gran jardín y verjel que se llama aún "La Franchmassonerie", porque al principio del siglo los masones, entre ellos Baillot, era muy activo, se reunían en ella. La señora Coeurderoy era fiel a sus tendencias laicas y el niño fué substraído, pues, a toda influencia clerical. Por su abuelo paterno, un viejo recto e inteligente, conoció la tradición de la revolución francesa. Su infancia como hijo de padres tan acomodados en un país rico y agradable fué, pues, dichosa, pero las necesidades de la educación lo arrancaron bien pronto a ese medio doméstico. Primeramente un colegio de París, desde la edad de casi trece años, más tarde la Universidad parisiense, donde estudió medicina desde 1842 a 1845, le separan de su país, y luego como interno de los grandes hospitales de París, pasa el año 1846 atendiendo a las locas de la Salpetrière, el año 1847 en el hospital de los niños enfermos, el año 1848 en el Hotel-Dieu, donde vió el último sufrimiento y la muerte de los pobres de París diariamente y donde atendió a los heridos proletarios de la insurrección de 1848. En 1849 practicaba en las enfermedades venéreas, había visto las víctimas del trabajo cotidiano, envenenamientos crónicos como el cólico de plomo y los accidentes del trabajo, — en una palabra, hasta la edad de 24 años, cuando debió huir de París, había visto la miseria humana desde muy cerca, y vió probablemente tan claro en las miserias y entretelones sórdidos de la vida burguesa, doméstica y política; había quedado afecto al trabajo en esos hospitales, aunque en sus horas libres y en sus vacaciones amaba la vida, el ejercicio al aire libre, la naturaleza.

El año de 1848 le conmovió el desaliento causado por la vista de tanta miseria humana a tan joven edad, siguió con un interés agudo el movimiento tan bien inaugurado y llegó a la desesperación al ver la terrible derrota del proletariado en las jornadas de junio y su represión tan cruel. Se sintió entonces revolucionario socialista intransigente, pero un espíritu de solidaridad le hizo cooperar en los esfuerzos colectivos para proteger la república, bien que burguesa, contra el bonapartismo que se levantaba cada vez más amenazador. Los estudiantes de París sostenían esa defensa con sus banquetes de las escuelas, modo de pasar una velada fraternal escuchando numerosos discursos al tomar una modesta colación; un "Comité de las escuelas", núcleo íntimo, salió de ese movimiento y Coeurderoy formó parte de él. Era también del grupo interno que organizó la resistencia republicana y socialista a las diversas elecciones de París en 1848-49. Cuando se acentuó la crisis y se hizo una coalición de todas las fuerzas antibonapartistas en vista de un movimiento revolucionario, el grupo central de ese movimiento, la Comisión de los veinticinco contaba también al joven Coeurderoy entre sus miembros; estaba, pues, en el puesto del peligro.

Se sabe que la lucha estalló cuando, violando la constitución, Luis Bonaparte, el presidente, hizo combatir la república romana, donde Mazzini y Garibaldi estaban entonces en primera línea, por las tropas de la república francesa. Roma fué bombardeada entonces y vuelta a tomar para ser sometida de nuevo al Papa. Esta acción impidió a los italianos arreglar ellos mismos sus asuntos y prolongó, si no eternizó, el poder de la iglesia. Fué verdaderamente una causa de solidaridad internacional por la que los republicanos de París enarbolaron ese día la bandera de resistencia a todo precio. Pero esa fué probablemente también la gran causa del fracaso; el pueblo, lleno de sospechas, y murmurando después de las masacres de junio, estaba poco dispuesto a batirse por una causa internacional lejana y que le fué presentada también por los diputados de la Montaña, cuyo socialismo era demasiado ambiguo. Había también incompatibilidad entre muchos de esos políticos y los hombres más resueltos de la Comisión de los veinticinco. No se conoce el detalle de la acción de Coeurderoy ese día, pero se puede concluir que no estaba entre los rezagados y que hizo un nuevo aprendizaje de la mentalidad de los sombríos entretelones de muchos políticos y oradores muy en boga cuando se atravesaba una buena época. Este movimiento ha debido suscitar o reformar así su espíritu de internacionalismo: aunque muy francés por su origen y ambiente, quería a todos los pueblos, sentía una gran curiosidad por conocerlos mejor, por instruirse sobre las características típicas, sus diversidades, y soñaba con la unión y la fusión más fraternal. Admiraba a Lavivon y a los otros franceses que se batían entonces por

Roma y sacrificaron su vida a su sentimiento del derecho, que primaba en ellos sobre todo nacionalismo.

Los vencidos del 13 de junio fueron detenidos y después del gran proceso ante la Alta corte de Versalles, en octubre-noviembre de 1849, encarcelados por largos años, algunos hasta 1859. Otros se salvaron en el destierro y fueron condenados por contumacia a la deportación, lo que implicaba la muerte civil; Coeurderoy huyó (15 de noviembre de 1849). Conoció entonces el verdadero fondo de ciertos hombres que le rehusaron un asilo y la buena naturaleza de otros que lo albergaron hasta su partida para Suiza, a donde le hizo pasar un contrabandista la frontera por la parte de Saint Cergnes y de la Dole. Entra entonces en un gran medio de refugiados en Ginebra, donde los vencidos de los esfuerzos republicanos de París y de Lyon, de Roma y de Milán y del ducado de Bade en Alemania, se flanqueaban y entregaban, forzosamente, a esa vida de los proscriptos que contiene tan poca verdadera actividad. Coeurderoy observó todo eso con interés, pero no se sumergió en ella; prefirió satisfacer una de sus grandes curiosidades: ver la gran naturaleza alpina de Suiza y de Savoya (entonces piamontesa); vio esas bellezas en el curso de un rápido viaje que le encantó.

Aprendió a conocer las libertades helvéticas por el alejamiento forzoso de los refugiados de Ginebra en el otoño de 1849; pero un episodio curioso creó nuevas ilusiones: los refugiados se fueron todos en un barco a vapor desde el lago de Ginebra a Onchy-Lausanne, donde la población y las autoridades de Vaud reunidas les hicieron una de las más calurosas recepciones. Había entonces en ese cantón una constitución y un gobierno radicales y Coeurderoy, todavía muy ingenuo, se entusiasmó por todo lo que veía allí. Tenemos la prueba en los artículos descriptivos que envió en 1849-50 al periódico local más avanzado de su país, así como a los periódicos de Proudhon, en París; allí y en *"La Voix du proscrit"*, en 1851, hizo su aprendizaje literario y teórico; lo que escribió no hace prever las ideas ni el estilo de sus escritos a partir de 1852, no sabe todavía domeñar las impresiones que sufre y no promueve crítica. No lo vemos sometido a ninguna escuela o partido, se esfuerza por reunir los esfuerzos divididos de los partidos avanzados y está lejos de toda ambición personal. Vivió en un ambiente de refugiados y de otros amigos a quienes fué simpático, cooperó en todo acto de solidaridad, se le estimaba: no fué un hombre agriado o fracasado en sus ambiciones que llegó a su crítica fulminante de los hombres y de las cosas de los partidos políticos y socialistas de su tiempo. Se le autorizó para practicar la medicina en Lausanne y pasó diez y ocho meses tranquilos, aunque los refugiados de su grupo, al que no se inquietaba todavía, veían a su alrededor experimentar las persecuciones contra los refugiados más pobres y más impacientes y perdieron toda ilusión sobre la libertad oficialmente proclamada en la más notable de las constituciones.

En el mes de marzo de 1851 reivindican altamente el derecho de asilo como un derecho republicano en una protesta aparecida en Lausanne, y Coeurderoy la firmó y mantuvo un poco más tarde ese mismo punto de vista en *"Du droit d'asile"*, artículo de *La voix du proscrit* (París). Pero las palabras: "El derecho de asilo es un derecho republicano. Todo republicano tiene derecho a él en una república" fueron calificadas de "pretensión inaudita" en la condena de expulsión que sufrieron los signatarios y Coeurderoy, con su camarada Boichot, se fué por Alemania a Bruselas, donde contaba crearse una nueva existencia como médico. Pero a los pocos días, el 16 de abril, fué expulsado de Bélgica también y debió partir el mismo día para Londres, donde gozaban entonces los refugiados de una completa tolerancia.

Pasó allí dos años, practicando todavía algún tiempo la medicina, examinando la exposición universal de 1851, que le inspiró todavía alguna fe en el porvenir de los pueblos, visitando algunas grandes ciudades industriales del centro de Inglaterra y la miseria de los barrios pobres de Londres. Escribió aún en el periódico local de Auxerre, apelando siempre a la unión de los partidos avanzados contra la reacción inminente; su último artículo de julio de 1851, es titulado: "Serrons-nous!!". Ha podido ser excéptico él mismo, pero se abstuvo de obstaculizar la defensa común por la crítica, lo que se habría podido reprocharle como falta de solidaridad.

Sin embargo lo inevitable llega; el golpe de Estado de Luis Napoleón se realiza el 2 de diciembre de 1851 y los partidos republicanos y socialistas están de tal manera desunidos y sorprendidos que no hay más que una resistencia instintiva y tardía aquí y allí, que el militarismo mercenario aplasta en algunos días. Entonces reina el bonapartismo (casi escribo: el fascismo) triunfante. El padre de Coeurderoy, bastante activo de 1848 a 1851, se encontraba justamente entonces en la cárcel por el delito de prensa; fué destinado a la deportación y había sido conducido ya a Montpellier cuando, mediante grandes esfuerzos de los amigos, fué salvado y pudo quedar en Tonerre bajo la obligación de abstenerse en lo sucesivo de toda política. Quedó tal como había sido, no compartió en nada las ideas de su hijo y murió como viejo médico en 1866.

Su hijo, después de esa pérdida de la república, que fué el último clavo que cerró el féretro de la revolución de 1848, que había creado tantas esperanzas, luego tantas desilusiones, — su hijo volvió a tomar su libertad de pensamiento y de acción y desde entonces no se calló ya: comienza para nosotros la parte memorable de su carrera; pero para comprenderla bien era preciso relatar sus orígenes.

Max Nettlau

La madre del asesino

Le dijeron:

—¿Mauro Schiassi es su hijo? ¡Fué él quien asesinó al pobre comendador Torricella en el camino a Bolonia! Así se lo comunicaron, sin precauciones.

La madre protestó, sonriendo casi: "no era él, seguramente". Le mostraron un diario: "no era él". Le mostraron un retrato publicado en otro diario: "se le parecía, pero no era él". Se defendió, defendió a su hijo con orgullosa serenidad que contrastaba con su humilde aspecto y con su ya amarillenta vejez, repitiendo siempre las mismas palabras: "No es él; no es él". Después vinieron las vecinas a consolarla, a hacerla llorar; vinieron los hombres de ley con los carabineros; llegaron los periodistas, llegó un mundo de gente, y ella debió decirse a sí misma, cruzando los brazos sobre el pecho y mirando el crucifijo: "Sí, es él". Era él. Quien había asesinado al pobre comendador Torricella en el camino a Bolonia, era él, Mauro Schiassi, su propio hijo.

Su vida, que había sido siempre calma, dócil, mediocre, silenciosa, fué invadida por un torbellino. El torbellino llegaba sobre un magro cuerpo, agitándole los humildes vestidos y los ralos cabellos;

penetraba en su conciencia arrancándole sordos ecos de voces lejanas, de llantos ignotos, de gritos y gemidos humanos y no humanos.

Entre aquellos gemidos ella había podido comprender algunos, porque eran suyos, eran gritos de su corazón sangrando, agonizando; gritos de mujer cuyas vísceras se lacerán por primera vez, en el primer vagido, en el primer lloro del hijo, en el primer saludo del hijo a la luz ambiente, a la vida humana.

¡Mauro, Mauro! ¿Era él quien así lloraba?

Probablemente las vecinas, tan curiosas, tenían piedad de ella. Venían, venían con los diarios. Ella miraba las impresas planas, con ávidos ojos, con ojos de odio y de amor. Ya "sabía"; ahora quería leer.

—¿Ha confesado?

—No; todavía no.

—¡Es inocente!

Ella misma leía, haciendo cálculos simplistas a veces; y otras, y con más fatiga, meditando. Por momentos alguna mujer quería leerle, a ella, a la madre, y leía apresuradamente, apresuradísimamente; y ella, la madre, se resignaba a oír, con agrio sabor en la arrugada boca, con lampos de odio y de amor en los encendidos ojos.

Era un espectáculo casi desconocido; el espectáculo que ofrecía una vieja fiera, a quien se podía decir todo, leerle todo, confesarle todo lo que se pensaba del delito, lamentarse de la pobre víctima y condenar acerbamente al asesino. Era un espectáculo que atraía singularmente a las vecinas, que las hacía todavía más curiosas y audaces, más intolerantes y crueles.

La ruda vieja parecía servirse de ellas para conocer noticias y para la lectura de los diarios. Por otra parte, no le interesaban. Eran sus enemigas: como eran enemigos los otros, todos; pero no las maltrataba, no se revolvía contra su curiosidad que insistía siempre, allí, vigilante, para medir, para penetrar, para ver cómo estaba hecho el dolor de la madre del asesino.

Habían venido también los periodistas. Un periodista había sido hasta obsequioso; hizo una inclinación, llamándole "señora".

—Muy buenos días, señora.

Ella lo había mirado con curiosidad.

—Seguramente Vd. está enterada de lo ocurrido, señora, ¿no? Su hijo ha sido arrestado a dos leguas de Piacenza. ¿Podría decirme usted algunas cosas sobre su hijo? Seré escrupuloso en todo lo que usted quiera decirme. Dígame, señora, su hijo...?...

—¿Mi hijo? ¡Es inocente!

—Está bien, señora, bueno; su hijo es inocente. ¿Qué más?

—Mi hijo es bueno, es de buen corazón. No ha tenido suerte; conoce dos o tres oficios, pero no ha tenido suerte. ¡Pobre muchacho! Ha debido correr mundo, ha tenido que hacer el sirviente de todos, para vivir, para mandar dinero a su mamá... Es el mejor hijo de todo el país... ¿Qué quieren ahora de él?

—¿Y cuando era niño, señora? Cuéntame de cuando era niño. ¿Era taciturno, silencioso? ¿Era vengativo? ¿Manifestaba deseos violentos? ¿En casa? ¿Con los compañeros?

—¡Oh, oh! Cuando tenía dos años apenas yo le decía "asesino" ¡tan lindo era! Cuando tenía cuatro años lo ponía en aquella sillita — ¿ve usted la sillita aquella? — y jugaba todo el día, tranquilamente, con unos huesecillos. Cuando tenía cinco años, seis años, se sentaba allá, en un escalón de la puerta, y colocaba los huesos todos en fila, en hileras, y era un encanto verlo, con esos movimientos que tenía, con ese juicio que mostraba. Después fué a la escuela; hizo cuatro grados; siempre voluntarioso, siempre bueno, siempre dispuesto para con su pobre madre viuda. ¡Y él lo sabía! ¿Sabe usted? El sabía que yo era viuda. Y no porque no estuviese su padre en casa, sino porque me veía hacer de hombre y de mujer. Esto a mí me hacía llorar; sí, sí; de noche era un poco silencioso, un poco melancólico. ¡Era desconfiado, pobre mi hijo! Yo decía el rosario, y después decía la *salve regina* y después todas las letanías con los *ora pro nobis* que son tan cargosos para los hombres... Pero él no se lamentaba, pobrecito. El permanecía allá, en su rincón, muy triste, muy pensativo, con sus ojos que penetraban en la oscuridad, y esperaba que yo encendiese la lámpara. ¿Me entiende? Esperaba que yo encendiese la lámpara.

—Está bien, señora. Diré todas estas cosas en mi diario.

—Hágame un favor: diga también que es inocente. Puede escribirlo sin miedo: i-no-cen-te.

—¡Pero, señora! Las pruebas... ¡Las pruebas son decisivas, señora!...

—¿Qué pruebas? ¿Ha confesado? ¡No! ¡Mientras no confiese, es inocente!

Pero un día una vecina (parecía francamente contenta, parecía haber triunfado en una apuesta) se adelantó con un diario en la mano, con una dura sonrisa en los labios abrasados, hendidos, como los labios que contienen una mala noticia.

Altiva, orgullosa, avanzó la vieja hacia la puerta.

—¡Eh! ¿Qué hay?

—¡Ha confesado!

—¿Quién?

—Su hijo Mauro.

—¿Qué cosa ha confesado?

—Que ha sido él, él solo, el que mató al pobre comendador Torricella.

—¿A quién ha confesado?

—Al juez instructor.

—No es cierto. Deme aquí...

La vieja arrebató el diario de las manos de su vecina, pero no pensó en una inmediata lectura. Altiva, miraba a la mujer con su habitual acritud, con lampos de odio y de amor en los lúcidos ojos de su cara arrugada, disecada. Obtuvo así que la mujer se fuese dejándole el diario; en seguida ella se encerró en su casa y comenzó a leer en voz alta las preguntas y las respuestas de Mauro.

Pero no se abatió. Su hijo había asesinado, pero era inocente. Casi le agradó que su hijo fuese inocente, aún habiendo matado. Le agradó ese fornido buen mozo que supo hacer justicia. El había asesinado para defenderse. Lo habían ofendido; era rebelde, se había vengado. La venganza está permitida. Si Dios existe, si Dios es justo, la autoriza. ¡Está obligado, está obligado a permitirla!

Así las vecinas no la encontraron cambiada.

Ella las recibió con su acostumbrada fiereza, con su habitual acritud.

—¿Ya lo sabe, Asunta? ¡Ha confesado, es culpable!

—Es inocente. Le han hecho mal, y él se defendió.

—¿Quién le hizo daño primero?

—¡Pues ese a quien hirió!

—¿El comendador Torricella? ¡Oh, oigan ahora eso! ¡Pero si ni siquiera lo conocía a su hijo el comendador Torricella! Lo mató por dinero, ¿me entiende? Lo mató en el tren para robarle la cartera, ¿me entiende?

—¿Por el dinero? ¿Por la cartera? ¡Oh, oh, por la cartera!

No era verdad, no podía ser verdad. Negó. Negó con una terquedad, con una firmeza, que debía parecer sublime y sólo parecía "interesada"; negó, negó con toda su fuerza, con todo su coraje, con su fe en Cristo, y en sí misma y en los derechos humanos y en el derecho divino. Negó admirablemente, altiva, hasta que su hijo dejó de negar. Cuando su hijo ya no negaba, cuando su hijo confesó al juez instructor haber asesinado por dinero — por la cartera, — se abatió, cayó en la oscuridad de su conciencia, se azoró casi estúpidamente, y no supo ni llorar, ni hablar, ni llamar a Dios en su auxilio.

Entonces dejó de ser espectáculo interesante, y dejaron de venir las vecinas con sus diarios.

Se quedó sola, la madre. Todos los días rodeábase de soledad; todas las noches temblaba de inquietud y de miedo. Sentábase a la mesa desierta ahora, como cuando estaba vivo su marido y no tenían nada que comer.— "Eso es" — se decía.— Mauro estaba ahí, sobre esa sillita, o si no estaba allá, sobre el escaño de la puerta. O estaba dentro de esa vacía cuba de vino, para esconderse. ¡Para esconderse se metía dentro del barril, y allí quedaba! Me parecía que debían dolerle los huesos, porque eran huesos tiernos, de niño. Hacía muchas otras cosas, cosas todas buenas, todas cosas que hacían reir. Era un niño; seguramente era un niño también él. Parece imposible, ¿no es cierto? ¿Pero a quién parece imposible? Al juez instructor".

Hablaba casi dulcemente, con una mansedumbre con un abandono hasta doloroso de todos sus miembros y todos sus sentimientos. Se enojaba con todos en su soledad; consigo misma, con el hijo, con las vecinas, con el juez, con la víctima. El muerto le daba miedo. Se erguía, derepente entre ella y su hijo, entre ella y el juez, como el despiadado vengador dueño del mismo poder terrible de Dios. Era un hombre alto, sin edad, sin expresión humana, sin voz. Gesticulaba, y todo él estaba en los gestos; era la condena y la venganza.

También la vieja hacía gestos vanos, gestos de ciego, con los brazos desatados, quería alejar a aquel fantasma, y no podía; caminaba por su habitación alrededor de la mesa, gacha la cabeza, como para espantar el deseo de volverse a sentar a la desierta mesa, para no hablar, no fantasear y no "ver" la condena y la venganza.

Solía pasar todas las mañanas un diarero por la callejuela. Cuántas veces ella había visto a ese hombrecito contrahecho distribuir los diarios a las criadas, a las vecinas. Temerosa, desde la puerta, llamó también ella al hombrecito lisiado, compró también ella un diario para saber noticias de su hijo. Todas las mañanas una monedita para el diario. El diario de la mañana era como una carta de su hijo. Leía; volvía a leer. También las cartas de su hijo, recién leídas, tornábalas a leer...

Pero los diarios acabaron por no ocuparse más de Mauro Schiassi, que estaba a disposición de la justicia. Los diarios se ocupaban ahora del comendador Torricella; todos hacían votos para que el comendador Torricella se salvase, sea milagrosamente, de la muerte...

—¡Pero entonces — gritó la madre — no está muerto! ¡No está muerto! ¡El hijo mío no lo ha asesinado!

Mauro no había asesinado al comendador Torricella; lo había mortalmente herido. El proyectil — como decían los diarios — había entrado en el cráneo perforando el frontal por debajo de la sutura coronaria y a la altura de la segunda circunvolución frontal. Y se había alojado — continuaban los diarios, exactísimos — se había alojado en la substancia blanca subcortical, a más o menos un centímetro y medio debajo de la superficie cerebral.

La vieja leía sin comprender; comprendía únicamente que el estado del infortunado comendador era muy grave, gravísimo; que el proyectil de su hijo, penetrando en aquel cráneo desconocido, se había como divertido en buscar caminos difíciles, vías tortuosas e indefensas.

Los diarios describían exactísimos: *shock* nervioso... leve hemorragia... fiebre... vómitos... pasajera pérdida de conciencia... amnesia leve... desorientación... Pero, en fin: ¿estaría vivo o estaría muerto ese desdichado? La vieja se ponía nerviosa en su impaciencia, arrugaba el diario y lo hacía una bola apretada en su puño. Ella comprendía que si aquel desdichado se salvaba, su hijo tendría una pena menor; gravísima, pero ciertamente menor en varios años, en muchos años. Era necesario, entonces, que los médicos a toda costa salvasen a aquel desdichado.

— Eso es... eso es... "Estamos" en el sexto día. La fiebre ha desaparecido, los vómitos han desaparecido... El diario dice que no han vuelto a aparecer los disturbios... los disturbios *motores y sensitivos*... Entonces... entonces... (¿dónde está? ¿dónde está?)... ¡aquí está!... entonces se puede excluir una infección y cualquier localización morbosa" ...Entonces... entonces... quiere decir ...

Más abajo el diario agregaba: "La herida está casi cerrada".

—La herida está casi cerrada... Quiere decir entonces... pues.... La herida está casi cerrada.

Entonces el comendador Torricella estaba salvado; también su hijo estaba salvado; casi salvado. Ella vivía con esta esperanza. Horas de dulzura deslizábanse sobre su pobre vida; horas sonrientes, horas infantiles. El comendador Torricella no era ya el triste fantasma sin rostro humano, sin mirada, sin voz; era un hombre como cualquier otro, un hombre bonachón, de modesta condición, fácil a perdonar. El hijo era un muchachote que había cometido una leve falta, una imprudencia... ¡Muchacho, muchacho! ¡Si que la había hecho grande esta vez!... Pero todo se remediaba: el comendador estaba bien, había perdonado — ¡pero por qué se había inmiscuído la madre! — había tendido su mano generosamente...

Alguna vez la vieja se enojaba. Se enojaba y se la tomaba con el comendador porque no se curaba pronto del todo, porque mostraba estar peor, porque estaba peor, porque parecía — ¡imbécil! — preferir la muerte. ¡Imbécil, estúpido! Después, eran unos estúpidos — peor todavía — los doctores, los doctores que tenían a su cuidado a ese desgraciado. ¿Quiénes eran? ¿Qué querían? ¿No estaban de acuerdo en hacer morir a ese desdichado, en hacer tanto daño a su hijo? ¡Asesinos, asesinos! ¡Esos son los verdaderos asesinos del comendador Torricella! ¡Afuera su hijo; adentro los doctores!

¡La ergástula. A la ergástula con los doctores!

Leía en el diario:

"Anoche apareció inesperadamente la hemiplejía".

He-mi-ple-jía... ¿Qué cosa es esta *hemiplejía izquierda*? ¡Adelante, adelante! ¡Explíquense los señores médicos, los señores periodistas!

Nerviosa, arrugaba el diario; hacía una bola que apretaba en el puño; después arrojaba con insólito ímpetu la bola contra el crucifijo de la pared. Al día siguiente leía en el diario:

"Parálisis izquierda... (¡la hemiplejía era la parálisis!)... estrabismo... pérdida del sentido... vómitos... comatoso" ...¿Qué es esto de comatoso? ¡Ya no comprende nada! ¡Ahora los doctores se empeñan en buscar y emplear nombres difíciles! Es una maniobra.... preparan su defensa... ¡Asesinos, asesinos!

Y arrojaba contra el muro, contra el crucifijo, los estrujados y apretados pedazos del diario, que rodaban por el suelo y se detenían bajo los muebles, el armario o la cómoda.

Y al día siguiente:

"La puntada lumbar da un líquido netamente sanguinolento"... ¿La puntada? ¿Le han cosido, le han hecho puntadas? ¿Por qué? ¿Quién dió permiso para eso? ¡Pero esta es la prueba, esta es la prueba irrefutable!... Le han dado una puntada para acabarlo! ¡Nos defenderemos, nos defenderemos!

Pero ella sentía a la Muerte cerca. Estrujó el diario, lo arrugó, hizo una pelota que no pudo apretar bien en el puño, que no pudo arrojar contra el crucifijo. Y cayó sentada en una silla, cabe la desierta mesa, y esperó que viniesen la venganza y la condena.

Y al día siguiente leyó en el diario; sólo leyó los títulos a tres columnas; —"El comendador Torricella ha muerto"... Asustada, miró en torno como si la muerte hubiese entrado finalmente en su habitación.

No, no había nadie en la pieza. Estaba sola, ella. Ella y el diario, y nadie más. Pero sus ojos se nublaron, y vió, vió finalmente: un blanco lecho de hospital, y sobre el blanco lecho la víctima, inmóvil, fría, rígida. Ya no más el comendador Torricella; no más el fantasma; sólo la víctima, inmóvil, asesinada. Asesinada por alguien: su hijo. Asesinada — por dinero, por la cartera — por su hijo. Asesinada, muerta para siempre, por su hijo.

Tembló. Comprendió.

¡Ah, su hijo no tan sólo había asesinado! Había hecho más: había sido —aunque inconscientemente — más malvado: no había matado bien, suficientemente. Había hecho sufrir a la víctima en aquel lecho de hospital, entre aquellos médicos y enfermeros vestidos de blanco. Había hecho morir a su víctima poco a poco, en una tortura creciente, cruel, refinada, moderna.

¿Y no había sido también malvada y cruel ella, la madre del asesino? ¿Por qué se había interesado hasta ahora tanto y tanto por la víctima? ¿Por qué no la quería ver muerta de una vez, dejando de sufrir de una vez por todas? ¿Por qué había querido salvarla a toda costa? ¿No era, acaso, para evitarle a su hijo una pena gravísima, para condenarlo con una pena, sí, pero menor en años, en muchos años?

¿Por quién había temblado ella, entonces? ¿Por la víctima que sufría o por el victimario que aguardaba?

¿Por quién debía rezar ahora? ¿Por el muerto o por el vivo? ¿O por todos, nosotros todos, que no sabemos librarnos del mal?

Angustiada, nerviosa, casi colérica, ella miró en torno; estrujó el diario, con el que hizo en su mano una pelota, la habitual pelota. Pero automáticamente, por costumbre adquirida. Y la pelota de papel se cayó de su mano, rodó por el suelo como una cosa cualquiera.

Marino MORETTI

La pintura en Perú

En el Callao un colorista podría hacer milagros, porque las nieblas, que son constantes, descomponen el color en una frisación de arco iris. Creo que Turner, si hubiese venido al Perú, habría sido el mismo formidable colorista, y más si fuera posible, que permaneciendo en Londres, ciudad rica en neblinas húmedas, que si descomponen el color en una infinidad de matices, han procurado también muchos reumatismos y resfríos a los pobres londinenses.

Alguien afirmó, hablando sobre los grandes coloristas, que los países húmedos y nebliuosos habían sido cuna de grandes pintores—ejemplo: Holanda, Venecia — que vieron el color sobre todas las cosas, exaltándolo y llevándolo a un grado tal que los tapices orientales más vívidos resultaban pálidos al lado de sus cuadros. al cosa aquí no se realiza. Ni los artistas, ni los habitantes, nadie ve la belleza de los tesoros que tienen sus paisajes, cuyas montañas y valles y marinas se tornasolan con los cambiantes más delicados. componiendo tonalidades tan ténues que al contemplarlas la retina se siente acariciar y el espíritu percibe como sonidos desprendidos de un arpa cólica herida por el viento, produciendo acordes leves y etéreos.

Pero los pintores peruanos no ven ni sienten nada de esto, que más conatos de metáforas y tropos no pueden expresar dando la más remota idea de lo que en realidad es esta canción "gris". La palabra es impotente para acoger en su regazo la emoción que se siente ante este espectáculo tan fantasmagórico y sobreteórico. Es lo brumoso de Carriere que escamotea formas inútiles para dar más carácter y volúmen a los rasgos típicos del tema que trata. Por eso los paisajes y las marinas están llenas de sugerencias y no tienen ese carácter ampuloso y agresivo de los paisajes a pleno sol. Tonos perlados de una luz difusa colorean el mar y los cerros y ungen a las nubes con los oros y las platas de una pristinidad eucarística. Sin embargo los pintores peruanos continúan copiando paisajes y marinas de las tarjetas postales venidas del extranjero, haciendo tapas para cajas de bombones, cuyas princesas versallescas, o grandes damas coloniales, danzan al son de pavanas imaginarias del tiempo de Mari-castaña.

También predomina aquí el estilo incaico, como si fuera posible insuflar la vida a una momia muerta para siempre.

La verdad es que no adaptan los motivos incáicos infiltrándolos en los temas modernos de una manera parsimoniosa, sino que se limitan solamente a calcarlos e imitarlos. Es que no miran a ese estilo con ojos de artista que elebora la visión que contempla y la digiere para crear algo nuevo, mirándoio en cambio con ojos de mercaderes y ladronzuelos que quieren hacer su agosto sin penas ni dolores.

Hasta ahora no he visto nada de valor, pues todos los que pintan hacen todavía pintura anecdótica de la época de Fortuny. Y cuando hacen desnudos emplean el peor concepto académico, presentando figuras frías de una corrección caligráfica y unas poses ridículas.

Este pueblo que debería ser un pueblo artista, es el más atrasado que me ha sido dable encontrar en todas mis andanzas, y eso a pesar del paisaje que lo rodea, de una extraordinaria belleza.

At.

Callao, octubre 1923.

La patria y otras futesas

"La Patria" es un restaurant de Barcelona, donde se come bastante bien.

La patria con pe minúscula es el restaurant de los patriotas, o sea, de los ciudadanos, o, si se quiere, animales que tienen un apetito mayúsculo.

* * *

La patria es artículo o negocio de comer, beber y arder.

De comer del presupuesto, de bebérsele la sangre al pueblo y de arderle la cabeza a tiros a todo el que lleve derecha la cerviz.

* * *

El programa del legitimismo es: Dios, patria y ley. O sea, poniendo la patria en último lugar: la tiranía de hoy, la de ayer y la de anteayer.

O sea: tres tiranías distintas y una sola barbarie verdadera.

* * *

Antes, el ladrón de camino real decía: "¡La bolsa o la vida!"

Ahora grita "¡Viva España!"

* * *

¿Cuál es la patria del que no ha comido?

El primer lugar en que encuentre un corazón humano que lo caliente y que lo alimente.

* * *

Patria, tierra de los padres.

Y dicen esto los más indecentes hijos de p...

* * *

¿Que grite con vosotros "¡Viva España!"?

Primero grito: "¡viva el guano!"

* * *

Me tiene sin cuidado que España viva o muera. Lo que haya de vivir ya vivirá.

* * *

Si no tuviérais la clara sensación de que vuestra patria se está muriendo ¿os entraría ese frenesí por echarle vivas?

* * *

La basura hizo, cierto día, una revolución y se sublevó, naturalmente, contra la escoba.

* * *

¡Nos quieren regenerar y hay entre los regeneradores quien se está comiendo hasta el pienso del caballo!

* * *

Querían ir a Alhucemas y se fueron a Madrid.

¡Ah! Es más fácil tomar la menta, que el peñón.

* * *

El capitán Sanchez era un santo varón, una codorniz sencilla.

* * *

Las letrinas, los corrales y las alcantarillas, comparadas con esto, huelen a rosas.

* * *

¡Qué sangriento sarcasmo, las gallinas de Annual haciendo el gallo!

* * *

Ahora resulta que no todos los políticos son rapaces y dignos de mil horcas, que hay alguno, como Sanchez Guerra, que ha llevado una vida austera, de estudiante.

¡Cómo se conoce que ese da bofetadas!

* * *

¡Y pensar que esta cuadrilla fué la que fusiló a Ferrer!

Basta. Porque las lágrimas me queman los ojos.

Angel Gimenez

Martín Fierro y Juan Crusao

Hay en toda literatura perceptiva de los pueblos, un tipo de naturaleza popular que sintetiza, en sus elementos morales integrantes, esa vaga e indefinida rebeldía del pueblo inculto, contra sus magnates autoritarios, contra sus malditos opresores. Con ser el tipo de esa clase una viva encarnación de la revuelta instintiva de las colectividades, contra sus dominadores, notamos siempre en su alma, en sus conceptos y normas de conducta, la huella profunda del prejuicio nacional con todos los resortes morales de atraso que caracterizan un país.

Martín Fierro, ese gaucho indómito, que provoca al moreno, pelea a la policía e invoca a la virgen en los trances de apuro, es una encarnación substancial de un estado involucionado en la vida y en la cultura de la región. Las causas morales o dinámicas que lo impelen a la rebeldía tienen una fisionomía y un acento tan nacionales que nos lo hacen poco simpático. Porque Fierro, el gaucho sin más ley ni principio que su omnímoda voluntad no es, en el fondo, ningún revolucionario. No importa que pelee contra la autoridad y abomine del gobierno. Si éste es malo se debe a los cambios del tiempo nuevo, por influjo de los gringos, más que por los fundamentos de su esencia.

Fierro habla de su tierra como de un coto cerrado a las expansiones del aire universal. Trasciende, de toda su semblanza, una época y una mentalidad retardatarias que se hunden en el pasado.

No hay en su espíritu incipiente visión alguna de un porvenir humano connaturalizado con los destinos universales de la especie. Es un provinciano, no en el sentido común de la palabra, sino en lo que ella tiene de significado como limitación al bien de la humanidad.

La libertad que anhela el gaucho Fierro no va más allá del contorno. No tramonta hacia las infinitudes de un ideal que salga de la esfera localista que percibe su pobre retina.

El paisaje de su alma se circunscribe a su alrededor sin vastas perspectivas. Es una creación para conformar a cierto espíritu descontento del pueblo que no trasgriede los límites del cielo nacionalista. Y su invectiva contra el gringo es una idea que acaricia suavemente el sentimiento nacional.

Empero, cuán distinto de Martín Fierro es el otro, el gaucho Juan Crusao. En éste la rebeldía se desborda por encima del hecho nacionalista.

Para Crusao los grigos no son ni más malos ni más buenos que los criollos. Ambos a dos son una u otra cosa según la posición o la función que ejecuten en la sociedad. Si hay gringos malos, que dominan y explotan el suelo argentino, tambien los hay buenos y rebeldes de los cuales oyó un día el verbo revolucionario de libertad, igualdad y fraternidad. Y los criollos, los falsos aparseros, que se enriquecen con el sudor y la ignorancia del pobrerío, son tan malos e infames como los gringos bandoleros que visten bien.

Hay, en Juan Crusao, una superioridad de concepciones y un espíritu de humanización tan grandes sobre el gaucho Fierro que ambos se hallan situados en los puntos antípodas de la moral.

Mientras uno es pendenciero e insociable, el otro es solidario y educador. Entre la rebeldía del uno y la del otro hay abismos de conciencia infranqueables. Tan hondos y distantes como separan la idea patria del concepto humanidad. Y mientras uno gira siempre dentro del clima político y social de su patria histórica el otro traspasa las fronteras de la región para contemplar el panorama del mundo.

Pero donde nuestra alma debe posarse para apreciar debidamente los valores morales de uno y otro es en los fenómenos de consecuencia. Es decir, en los efectos éticos y sociales que ambas psicologías producen en el ambiente de aquí.

Parte de la bravuconería, inculta y cerril, del gaucho bruto, que pupula por las pampas y asoma exótico en los bordes de la vida civil, se debe al aguafuerte, al elemento estimulante del gaucho Martín Fierro.

Hasta qué medida esta creación de José Hernández es refractaria al verdadero concepto de rebelión, es un punto que hemos creído necesario señalar aquí.

Porque hay una tendencia a involucrar, en los problemas de la rebeldía, lo que es en los hombres puro instinto y hasta bestialidad, con la revuelta del ser consciente.

El gaucho Fierro, por lo mismo que es un tipo de epopeya nacional, debía ser superado. Y lo ha sido, en verdad, de modo superior por nuestro camarada, el autor de "Carta Gaucha".

Juan Crusao rebasa a Martín Fierro. Este, es el gaucho que encarna una época que se hunde en su ayer. En cambio aquél perdurará en los espacios eternos de la justicia por la aspiración y el espíritu que sintetiza. E inútil será la glorificación del uno y la condenación del otro por los cultores del hecho nacional.

Lo que perdura de un hombre y de un pueblo es la parte de sentimiento universal y eterno que haya en sus estrados. Crusao, con ser tan gaucho como el otro, ha debido levantar sus pupilas por arriba del cortorno y mirar hacia el porvenir. No así su compañero Fierro que lleva las anteojeras del coto nacionalista.

Reivindiquemos, pues, para nosotros, al gaucho Crusao. Este no odia al gringo sino cuando es poderoso. Y puede hablarse con él en lengua universal. No así con el pobre Fierro que con tener un alma rebelde no supo nunca franquear los linderos del prejuicio nacionalista situándose, por ello, muy por debajo del aparsero Juan Crusao.

Enrique Arido

El espíritu socialista desaparece

"Insertamos más abajo un artículo profético de nuestro camarada Herzig, publicado en "Le Reveil" en el mes de julio de 1908, seis años antes de la guerra. Puede todavía ayudar a comprender los acontecimientos actuales en Alemania y la completa impotencia del socialismo, en un país, donde agrupa, sin embargo, considerables efectivos. Magüer un falso materialismo histórico, los hechos económicos no bastan para determinar un hondo cambio social, sin el concurso de un profundo espíritu nuevo que ya no comulga con el viejo orden de cosas ni acata sus imposiciones. El formidable desarrollo industrial no parece haber creado en Alemania una mentalidad, no diremos socialista, sino simplemente demócrata. Y el mal del socialismo ha sido siempre el que señalaba nuestro camarada hace quince años. . .

El espíritu socialista desaparece.

¿Podría, acaso, suceder lo contrario? Los partidos socialistas, en todos los países, redujeron la lucha de clase a una cuestión de personas. Votar por un candidato convenientemente marcado por los comités electorales, era practicar la verdadera lucha de clase, única capaz de brindar resultados positivos. Los obreros, sin embargo, no se llamaron a engaño, y no pudieron admitir que un diputado socialista, elegido en forma análoga a sus adversarios burgueses, participando como ellos en la elaboración de las mismas leyes, impuestas en nombre de la legalidad, pudiese ser un campeón muy serio de la lucha de clases y un enemigo irreconciliable de los privilegios burgueses.

Paulatinamente y a medida que los diputados socialistas se comprometían con sus pretendidos adversarios, el espíritu socialista se atenuaba en el seno del pueblo. Quizás no hubiesen acaecido así las cosas si los diputados, en lugar de hacerse juiciosos hubieran mantenido al mundo en tensión, rechazando todos los presupuestos por los cuales se afirma el poderío nacional, ejército, policía, magistratura, dirigidas especialmente contra el proletariado. Por el contrario, trataron apresurados de adaptarse lo mejor posible a la máquina gubernamental para extraer de ellas ventajas enteramente personales.

En todas partes y con cualquier motivo afirman una lealtad práctica tendiente a obtener nuevas posiciones y la consagración burguesa de su espíritu nacionalista. Para guardar las apariencias, protestan alguna vez, tímidamente, contra las expediciones coloniales, reconociendo al mismo tiempo, como lo hizo el congreso de Stuttgart, la necesidad de extender los beneficios de la "civilización" a los países atrasados.

En la tribuna del congreso de la Internacional electoral, los representantes se congratulaban, dispuestos a hacer en las bancas del Reichstag o de la Cámara, declaraciones de patriotismo descabellado, como lo efectuaron, cada uno por su lado, el alemán Bebel y el frances Guesde.

¿Qué espíritu socialista podía desarrollarse en el pueblo escuchando tales palinodias? La indiferencia reemplazó a la anémica creencia del comienzo y la lucha de clases transformóse en una fórmula sin efecto en la que no creían ni los que de ella se servían en los días de intriga electoral.

Para no comprometer la conquista de las bancas, los socialistas franceses guardáronse mucho de establecer frecuentes relaciones con los socialistas alemanes, las que éstos, por otra parte, tampoco solicitaron. El bureau internacional, subvencionado por cotizaciones que le son pagadas de mala gana, no acredita otros méritos que los de una oficina de correspondencia que no vincula entre sí a las organizaciones de los diferentes países, de manera que la vida internacional es nula y solamente da signos de vida en el momento que precede a la preparación de los congresos, manteniendo débilmente la llama vacilante de las últimas ilusiones socialistas.

He aquí las condiciones en que se desenvuelve el socialismo oficial, el que se asignaba la misión, ha tiempo, de atraer a sí al proletariado mundial.

Si debiéramos hacer el balance de su actividad, podríamos afirmar sin temor a engaño alguno que han hecho, por el contrario, todo lo posible para desanimar al proletariado del socialismo, y que en último término el socialismo que sobrenada en las masas obreras no es el fruto de sus actividades.

Estas comprobaciones tienen un fin, y un fin que está señalado por los acontecimientos.

El socialismo internacional ha conservado la idea de patria, de ahí que se haya repetido. Ha hecho política, y como no hay política negativa, toda su acción legal ha contribuido al fin de cuentas a consolidar el poder de las clases dominantes.

Hoy que estamos en vísperas de graves acontecimientos que pueden turbar profundamente la paz del mundo, podemos comprobar el vacío de su acción ora en la vida parlamentaria, ora en las masas.

Qué mañana, por una u otra causa, estalle la guerra, para la que se aprestan todos los gobiernos — lo que menos embaraza a los gobernantes es la posibilidad de un *casus belli* — y podremos comprobar dolorosamente cuánto ha decaído el espíritu socialista. ¿Qué harán los socialistas de la internacional electoral frente a tal eventualidad? ¿Se opondrán a los proyectos de sus respectivos gobiernos? ¡Creer en ello, sería no conocerlos! La tribuna escucharía solemnes declaraciones de protesta pronto extinguidas en el tumulto de la movilización, y aquí terminaría todo. La comedia de 1870 renovaríase y los soldados en marcha apagarían con el ruido de sus botas la corta lucha de vacilaciones y de escrúpulos de los proletarios... si acaso ella se produjera.

Sabemos perfectamente que el emperador Guillermo tiene la manía de los discursos belicosos. Es un Don Quijote que a menudo blande su espadón. Pero hay momentos en que sus discursos toman singular significación. Sabemos que en las guerras contemporáneas se trata, en último término, de obtener ventajas materiales con las cuales desean beneficiarse la banca y el comercio, su carácter económico es el que atrae y seduce a los grupos nacionales. Así, cuando Guillermo comprueba el aislamiento que aqueja a Alemania, sólo confirma un hecho, que las idas y venidas de los gobernantes determinan cada vez mejor, y este fenómeno es sensiblemente experimentado por el pueblo alemán entero.

La manifestación de Hamburgo es muy significativa para estudiar el estado de espíritu de las poblaciones en la hora actual. El emperador estaba en su residencia, la multitud moviase como las olas, en las calles y debajo de las ventanas del palacio. Súbitamente, sin esperar orden alguna, dicen los diarios, entonó ese canto de orgullo nacional exagerado que ya conocemos: Deutschland, Deutschland über alles!

La muchedumbre no entona porque es un canto de bravura y sobre todo de bravata sin ser febril, nerviosamente impulsada a ello por tenaces preocupaciones. Es el temor de acontecimientos siempre posibles que le inspiró esta nota belicosa. No tenemos noticias de que los electores socialistas, tan numerosos en Hamburgo, hayan respondido con un canto a la paz internacional, y parece, sin temor a perder la poste que muchos de entre ellos cantaban a plenos pulmones el himno a la gloria alemana.

Ya veis a donde hemos llegado.

¿Podemos afirmar que los sindicatos obreros nos ofrecen garantías antiguerreras más seguras que los electores socialistas? Nos permitimos dudar de ello.

El congreso de los sindicatos que acaba de verificarse en la misma ciudad de Hamburgo nos ofrece, por el cotrario, el espectáculo desalentador de una nueva disminución del espíritu socialista. Están animados actualmente por ideas reformistas que han desterrado enteramente la lucha de clases de su programa. Todos sus anhelos actuales convergen a la formación de una entente con el patronato para obtener mejores condiciones, pero todo carácter revolucionario ha desaparecido en sus reivindicaciones. A ojos vistas el espíritu nacionalista gana terreno, borrando toda preocupación socialista, obteniendo hasta la supresión del 1º de Mayo, al que se renuncia para no sombrear las buenas relaciones entre patrones y obreros.

¿Creéis, teniendo presente este estado de espíritu, que llegado el momento de la declaración de guerra los obreros alemanes agrupados en sindicatos vacilarían un instante en tomar las armas para marchar contra los obreros franceses? "¡Marcharíamos" respondían hace ya algunos años, los jefes del sindicalismo alemán a uno de nuestros amigos que insistía particularmente sobre este punto. Hoy día, gracias a la desaparición más o menos completa del espíritu socialista, esta respuesta no dejaría lugar a ninguna ambigüedad, os lo aseguro.

Nos guardaremos mucho de olvidar que existen en Alemania sindicatos independientes y también revolucionarios muy activos, que han promovido una intensa campaña antimilitarista. Pero su número es restringido, y magüer toda su buena voluntad y el ardor combativo que los caracteriza, serán anegados por las olas de aquellos a quienes la lucha electoral ha convertido en seres incapaces de cualquier protesta fuera de los órganos oficiales del partido y de los sindicatos.

Esta es, pues, la situación en el momento en que los gobiernos pueden, si las clases dominantes en ello consienten, esperando beneficiarse, arrastrar a muchas naciones a una guerra sin cuartel.

¿Qué deducir de la desaparición del espíritu socialista? Sin olvidar que el antimilitarismo, traído del exterior, ha dado al sindicalismo francés la apariencia revolucionaria que le enrostran, amargamente los jefes del sindicalismo, sin olvidar tampoco que en el seno de la clase obrera puede surgir, en el momento deseado, la oposición revolucionaria al proyecto de los gobernantes, es menester reconocer que la desaparición del espíritu socialista, debida a la táctica nacionalista de los socialistas internacionales, hace cada vez más problemática una oposición tenaz a las aventuras guerreras de los gobernantes, con la cual deberían éstos siempre contar.

He ahí donde nos ha conducido la táctica electoral de los grandes jefes socialistas: al aplastamiento del socialismo y de todo pensamiento de libertad, al estrangulamiento de los pueblos sin posibilidad de reacción.

JORGE HERZIG

LA MACHNOVSTCHINA

Esbozo sumario del movimiento machnovista

(*Conclusión*)

En el mes de agosto de 1920 las tropas de Wrangel avanzaban de una manera inquietante hacia el corazón de Ukrania. El ejército rojo retrocedía en todas partes dejándoles el campo libre en provincias enteras. En cuanto al ejército de los guerrilleros apenas tenía la posibilidad de dirigir todas sus fuerzas contra Wrangel, obstaculizado como estaba por destacamentos del ejército rojo especialmente dedicados a ese efecto. Se encontraba entre dos fuegos, estaba obligado a luchar contra los comunistas y contra Wrangel.

Comprendiendo sin embargo cuán inminente era el peligro ofrecido por Wrangel para la revolución, el Consejo de los guerrilleros revolucionarios de Ukrania (órgano supremo de los insurrectos) había telegrafiado en algunas ocasiones a Lenin y a Rakovsky, proponiéndoles suspender las hostilidades a fin de liquidar a Wrangel y no permitirle asentarse. Los bolchevistas no respondieron y los insurrectos continuaron entre dos fuegos, atacados constantemente por Wrangel y por el ejército rojo.

En fin, cuando Wrangel se apoderó de Melitópol, Alejandrovsk, Sinelnikovo, Berdiansk, y significaba una amenaza inminente, no sólo para toda la cuenca hullera del Donetz, sino para toda Ukrania, las autoridades sovietistas se decidieron a enviar al campo de Machno situado en ese momento en Siarghelsk una delegación plenipotenciaria con el comunista Ivanoff a la cabeza para tratar con los machnovistas y concertar una alianza contra Wrangel.

Los insurrectos habían estudiado cuidadosamente la situación de la Ukrania revolucionaria y de su propio movimiento, habían convenido una plataforma de alianza posible con los representantes sovietistas. Eran de opinión que la alianza no sólo debía ser militar, sino "política" también. Pusieron una sola condición: la aceptación de un cierto *mínimum* de sus exigencias políticas, y de ese mínimo no podían ceder bajo pena de perder su dignidad revolucionaria:

Esas exigencias eran formuladas así:

a) liberación de todos los machnovistas y anarquistas encerrados en las prisiones sovietistas.

b) libertad para los machnovistas y anarquistas de profesar y difundir libremente sus ideas y sus principios.

c) el derecho para los obreros y los campesinos de la región machnovista de formar sus propios órganos de self-government local — social y económico.

Los delegados sovietistas opusieron sus exigencias:

a) la promesa de los machnovistas de renunciar a la agitación y a la lucha armada contra las autoridades bolchevistas.

b) Aun conservando su estructura interior, el ejército machnovista se sometería, desde el punto de vista de las operaciones militares, a las órdenes del estado mayor sovietista.

Estas condiciones fueron mutuamente admitidas por ambas partes y formaron la base de un pacto militar y político entre los machnovistas y las autoridades sovietistas. Pero las condiciones de los machnovistas concernientes a los derechos y a los órganos de self-government de los obreros y de los campesinos, no habían sido admitidas por los delegados sovietistas más que a título preliminar, bajo reserva de las resoluciones definitivas que tomarían las autoridades de Moscú.

* * *

El papel desempeñado por los machnovistas en la derrota de Wrangel fué muy importante.

El hecho mismo del pacto concertado entre ellos y las autoridades sovietistas, era de una gran significación, contribuyendo a inspirar una nueva energía revolucionaria a las masas laboriosas. Por toda Ukrania no se hablaba triunfalmente más que del acuerdo concertado.

El ejército de Machno escogió por campo de acción la región entre Sinelnikovo, Berdiansk y Alejandrovsk, y logró desembarazarse rápidamente de las bandas de Wrangel. Después de eso marchó por detrás del istmo de Perekop y pasando por Sivach (estrecho helado en esa época del año) penetró en Crimea, decidiendo por ese acto de la suerte del istmo. Mientras que el grueso del ejército sovietista ocupaba Perekop, los guerrilleros, bajo la dirección de Simón Karetnik y de Martchenko se apoderaban de Sinferópol y de otras ciudades de Crimea.

* * *

En el pensamiento de las autoridades sovietistas el pacto concertado con Machno había sido consagrado a la ruptura desde el primer momento. No era por su parte —como se reveló más tarde— sino una maniobra artificiosa, política y militar, con el fin de desembarazarse de Wrangel. Desde las primeras semanas, — tan pronto como las operaciones dirigidas contra él parecieron prometer el éxito, — las autoridades sovietistas se dispusieron a preparar la liquidación definitiva del movimiento machnovista.

En el momento mismo en que las tropas insurreccionales se batían con el ejército de Wrangel por las posiciones que conducían a Crimea, las autoridades sovietistas hacían imprimir cargamentos enteros de hojas volantes y de proclamas incitando a los soldados del ejército rojo a combatir a Machno como contrarrevolucionario "traidor al pacto convenido".

Durante las primeras tres o cuatro semanas de la alianza, las autoridades sovietistas daban pruebas de la mayor amistad, bien que preparaban una vasta operación de ataque repentino y general para dominar en toda Ukrania y en Crimea a los machnovistas y a los anarquistas.

Inmediatamente después de la derrota de Wrangel, el 25 y el 26 de noviembre de 1920, las autoridades sovietistas atacaron a los machnovistas y a los anarquistas, lanzando sobre ellos una enorme masa de tropas que habían quedado libres después de la toma de Crimea.

En Karkov, el 25 de noviembre, los representantes de los machnovistas que trabajaban de acuerdo con los bolchevistas en las oficinas del Consejo revolucionario y militar del frente del mediodía, fueron arrestados traidoramente. Varios de ellos, como Popoff, (véase en el número 73 del SUPLEMENTO los nombres de Gavrilenko, Karetnik, Popoff, Scereda, en el artículo: *"Víctimas del poder comunista"*) fueron fusilados, otros consiguieron escapar, la suerte de algunos es aún desconocida.

Ese mismo 25 de noviembre todas las organizaciones libertarias de Karkov fueron saqueadas y en toda Ukrania tuvieron lugar arrestos en masa.

En el mismo momento las autoridades sovietistas atacaron traidoramente a las tropas machnovistas en Crimea, arrestando y asesinando todo su estado mayor, con Gavrilenko a la cabeza. Bajo el pretexto falaz de una conferencia militar fué llamado a Gulaí-Polé el jefe del ejército machnovista en Crimea, Simón Karetnik, que reemplazaba allí a Machno; fué detenido en el camino y fusilado, a estar a lo que se sabe, en Melitópol.

Machno mismo, el estado mayor general y el Consejo revolucionario de los insurrectos de Ukrania, se encontraban en ese momento en Gulaí-Polé, teniendo a su disposición un cuerpo de solo doscientos ginetes. A fin de arrestar infaliblemente a Machno y a los otros guías de los guerrilleros, las autoridades sovietistas no cesaron de mantener con ellos negociaciones directas, asegurándoles que las relaciones con las fuerzas machnovistas en el teatro de la guerra no dejaban nada que desear y que el pacto concertado se solidificaba más y más. De esa manera la autoridad bolchevista logró ocultar sus verdaderas intenciones y atacar a Gulaí-Polé por todas partes de un modo inopinado.

Machno rompió atrevidamente el cerco de tropas sovietistas que lo rodeaban. Después reunió los elementos que pudo y aceptó valerosamente la lucha contra el enemigo infinitamente superior en número. Esa lucha era demasiado desigual: más de cien mil hombres fueron precipitados contra un puñado de dos o tres mil insurrectos. Sin embargo, éstos sostuvieron casi dos meses combates ininterrumpidos con fuerzas cien veces más numerosas: episodio heroico del cual no podemos mencionar aquí los detalles.

* * *

La *machnovstchina* es un movimiento social y revolucionario de las capas profundas de la clase trabajadora, un movimiento hacia la libertad y la igualdad en el sentido popular de la palabra: movimiento hacia la libertad y la independencia de las clases laboriosas, fundado sobre la libre disposición de éstas.

Este movimiento ha tenido una misión muy importante en la historia de la revolución rusa. Más de una vez ha salvado la revolución de una reacción sombría. Ha defendido la única vía que lleva a los trabajadores a la libertad: la vía de la igualdad y de la autodeterminación social y económica.

En la historia de la lucha mundial del trabajo contra el capital, la machnovstchina permanecerá siempre como una tentativa heroica de los trabajadores de Ukrania para obtener, por una lucha verdaderamente revolucionaria, su liberación integral.

P. ARCHINOF

Nota de Redacción. — Los camaradas que deseen otras informaciones sobre este importante asunto, pueden consultar los siguientes folletos publicados por la *Editorial LA PROTESTA*: *La Ukrania revolucionaria*, por Agustín Souchy; *En Ukrania*, por P. Rudenko, y *Resoluciones de la conferencia de las organizaciones "Nabat" de Ukrania.*

Un tomo en 8º. de 268 págs. $ 1.20

Todo pedido debe venir acompañado de su importe, a nombre de A. Barrera — PERÚ 1537 — Buenos Aires.—

LENIN

El Congreso de la Internacional Comunista sesionaba en pleno y la "cuestión italiana" relativa a la actitud de Serrati estaba sobre el tapete. Gennari, leader de los comunistas, había cargado a fondo contra los reformistas, olvidando, sin duda, que él mismo firmara la vuelta al trabajo cuando la toma de posesión de las fábricas de Milán. Un pobre diablo, buen hombre sentimental, trataba de defender a las ovejas descarriadas y decía, refiriéndose a los comunistas franceses, que él mismo había recriminado en los corredores del Palacio Borbón sobre la actitud de los defensores de la guerra del derecho, después, de golpe, transformados en feroces antipatriotas. Les recordaba también que Serrati había sufrido dos años de prisión por su actitud hostil a la masacre.

De repente, el Congreso, como un sólo hombre, se levanta y aplaude frenéticamente. Dirigiendo mi mirada al lugar hacia donde se volvían todas las cabezas, ví, en la segunda silla de la vasta tribuna, a un hombre pequeño, de ojos maliciosos, rostro astuto y aire de paisano vivo, que hacía gestos indicando su sorpresa y su incomprensión por semejante ovación. Era Lenin.

Me levanté para examinarlo mejor y he sido probablemente el único en no aplaudir. Los gestos de sorpresa descubrían su falta de sinceridad, la modestia era fingida. Cuando se es modesto no se le hace ver a todo el mundo en una forma tan ostensible.

Terminados los aplausos, el defensor de Serrati prosiguió su discurso sentimental en italiano, rogando al congreso que juzgara sobre hechos. "Fatti, fatti!", pedía. Cuando hubo terminado, Lenin se levantó para responderle.

Antes de que abriese la boca los aplausos crepitaron nuevamente, nutridos, cerrados, acompañados de vivas entusiastas. Los focos eléctricos se encendieron, inundando de luz al dictador. Los operadores cinematográficos, a las órdenes de los organizadores del congreso, se colocaron de todos lados. Tuve inmediatamente la impresión certera de que el auditorio estaba subyugado, dominado, y que había perdido todo espíritu crítico. Moralmente estaba a los pies del amo.

Reloj en mano, habló doce minutos en un francés bastante defectuoso, entrando inmediatamente en polémica. Empleaba el toño irónico que le es propio y hundió al adversario tanto como sus ideas. Pero en su réplica, interrumpida por incesantes ¡bravos!, un solo argumento: Serrati había abanronado cuarenta mil comunistas para seguir a doce mil reformistas.

Bromas que hicieron reir y que ayudaron a asegurarse bien la dominación del Congreso. Después el dilema brutalmente planteado: someterse a las condiciones puestas o permanecer fuera de la Tercera Internacional.

Eso fué todo. El argumento cachiporra había sido golpeado en no sé cuántos manifiestos de Moscú y publicado en todos los diarios comunistas de Europa y de América.

Otros hablaron después. Trotzky, Rakovsky, Zinowieff, aportando críticas más frescas y más originales. Pero no obtuvieron, naturalmente, igual suceso. Al día siguiente en el diario editado especialmente para los delegados, en francés, en inglés, en alemán, aparecieron los resúmenes de todos los discursos, más o menos exactos, según el caso. El de Lenin estaba reproducido integramente, con texto corregido.

"Su rostro no expresa sino la malicia y la dureza", me había dicho Kibaltchiche. No puede sintetizarse mejor. Clara Mesnil le encontraba una gran expresión de fuerza y decía que le gustaría verlo frente a frente con Malatesta, cuyo rostro también tiene una expresión de fuerza. Pero hacía esta diferencia: que la fuerza del primero era de dureza, y la del segundo de bondad.

En mis conversaciones con los más diversos elementos he recogido datos que me permiten afirmar que, como decía Kibaltchiche, Lenin era un verdadero dictador; "él no discute, aplasta". Folletos clandestinos, reservados para los miembros del Partido, resoluciones de Congreso presentadas por él, militantes comunistas puestos en vereda, la censura que ejerce públicamente o en secreto sobre los hombres influyentes del partido, todo demuestra que tiene verdadera estofa de un hombre de Estado.

En el seno del C. C. del Partido comunista ruso, Lenin ejerce una dictadura que ha llevado hasta hacer arrestar sin dar explicaciones a nadie, a algunos de sus miembros cuando ordinariamente es necesario que la cuestión sea sometida a discusión y aprobada por la mayoría del comité. Ninguna iniciativa interesante puede presentarse en los congresos del Partido sin ser aprobada de antemano por el mismo Comité. Pero, generalmente, para ser sometida al Comité, debe pasar primero por las manos de Lenin y obtener su aprobación.

Así le pasó a René Marchand, un hombre honesto y de gran competencia en esas cuestiones, que redactó un proyecto de reforma de la Comisión extraordinaria, para poder dominar a cierto número de bestias perjudiciales. Dzerjinswy, comisario de esa institución, aprobándolo en conjunto, no hizo sino objeciones de detalle: Trotzky lo mismo, Bukarin también. Pero cuando el plán llegó a Lenin desapareció y nadie supo más nada de él, ni el mismo Comité director del Partido.

Lenin necesita de la Tcheka tal cual es, y le deja las manos libres para poder servirse de ella a su voluntad. Puede así deslizar elementos seguros un poco en todas partes. Un comunista al corriente de todas estas cosas, figura de prestigio internacional, me afirmó que, entre el personal de Trotzky, Lunacharski, Bukarin, etc., se encuentran tchekistas, agentes secretos de Lenin. Y hasta me ha mostrado algunos.

Yo tuve ocasión de apreciar lo que es este hombre. Fué cuando nuestra intervención por nuestros camaradas presos. Cansados de promesas que no se cumplían, conmovidos por los doce días de la huelga del hambre que ponían en peligro existencias consagradas por completo a la revolución, varias delegaciones sindicalistas pidieron una entrevista. Después de haber tentado eludirla, Lenin la acuerda. Durante cuatro horas discutimos sobre la situación creada a las izquierdas bolcheviques y sobre la acción de nuestros camaradas anarquistas. Nuestro interlocutor nos sirvió sus datos de origen tchequista, aumentados con sofismas y agregados cínicos. "Volin es más peligroso que los otros porque es más inteligente y un hombre de acción; por lo tanto, nosotros debemos tomar medidas contra él. Llevadlo, si queréis, pero que no vuelva más, sino, yo lo fusilo. O sino: "¿Qué me importan las garantías escritas que ustedes me ofrecen? Por mi parte estoy siempre dispuesto a firmar compromisos, porque yo no los respetaré más el día que no me convengan". Luego evasivas cuyo único relieve era un aplomo sin límites. No pudimos obtener ninguna promesa. Lenin se atrincheraba siempre detrás del "petit bureau", árbitro del Comité Central que él gobierna a su antojo, cuando se trataba de poner en libertad a nuestros camaradas, y detrás de la Tcheka para no prometernos el permiso para visitarlos, cosa que no obtuvimos nunca (1). Fué sin embargo el "petit bureau" el que decidió la expulsión de todos ellos.

De hecho, Lenin es el amo de todo. Ante su voluntad todo cede. Ha sabido repartir hábilmente sus hombres; Zinowief a la cabeza de la Internacional comunista, domina el movimiento internacional pasando por la organización sindical; Dzerjinsky, comisario de la Tcheka, manda a los hombres de paja del dictador supremo.

Genio de político estadal, pero nada más. Actitud para imponerse en el seno de un estado mayor como jefe inmutable. Si Lenin tuviese que conquistar su poularidad distintamente que por su astucia y su maquiavelismo, no habría pasado el simple nivel de los militantes de cuarto orden.

Es sin embargo popular en Rusia; es el único jefe bolchevique amado por el pueblo, y los Kibaltchiches explotan hábilmente el equívoco. Porque el pueblo ruso ama a Lenin como amaba al zar, mientras los ministros, los cortesanos, los gobernadores, los policías y los cosacos eran odiados por todo el mundo, porque no lo veía nunca. Los comisarios del pueblo, los comisarios de segundo orden, los delegados del Partido comunista, los tchechistas, las secciones locales comunistas, todo eso causa un horror invencible. Pero la masa ingenua y mística ama a Lenin, porque no lo ve y porque imagina, como imáginaba al "padrecito", que él es el único hombre honesto de toda la banda que lo aplasta.

Lenin, en efecto, es invisible. Tiene un tren especial para viajar, puesto en marcha con las mismas infinitas precauciones que se tomaban para el zar; estaba en el palacio Gorki, en los alrededores de Moscú hacia fines de septiembre de 19921: un centenar de tchequistas le servían de escolta: su menor traslado en las calles de Moscú pone en movimiento a todo un batallón elegido de policía secreta. Y a los que están tentados de invocar el peligro de los atentados contra-revolucionarios, puedo afirmarles que después del de Dora Kaplan, en el cual su vida corrió peligro, la primera vez que salió lo hizo solo paseándose por las calles de Moscú sin temer entonces lo que hoy teme tanto. Es por lo tanto un cambio psicológico profundo el que en él se ha operado

Hiperestesia autoritaria: he ahí el rasgo dominante de su mentalidad y de su acción. Se le buscaría en vano un pensamiento amplio, un espíritu creador; Lenin no es otra cosa que un sectario de Engels más que de Marx; no es un pensador sino un exéjeta, no es un innovador sino un comentador. Nada más. No se sabría encontrar en sus libros ningún pensamiento original.

Y este sectario, este exéjeta, este comentador, teóricamente hablando, es el jefe del estado mayor del ejército que domina, para conducirla, la revolución rura! Por esto los descuidos han sido enormes y los errores numerosos. "Nos hemos equivocado", repite invariablemente Lenin a todos los Congresos del P. C. ruso o soviético. Pero no se resolverá jamás a no equivocarse, porque para eso sería preciso dejar a la revolución tomar libremente su impulso.

Un notorio comunista francés que reside en Rusia, y un militante anarquista ruso me decían un día su opinión sobre Lenin: "¿Un genio? ¡vamos! un abogado de aldea, retorcido, eso sí, pero no otra cosa".

He aquí lo que el centralismo y la autoridad quisieran imponernos como corazón y como cerebro de la revolución mundial!

GASTON LEVAL

(1) *Yo he sido el único delegado que ha penetrado en la prisión de Butirka, pero con medios ilegales. No hay por qué asombrarse entonces del ilegalismo de ciertos revolucionarios rusos!*

Si todos descendemos de un origen común y la raza se entiende por el elemento moral, ¿cómo puede haber al mismo tiempo razas nuevas y razas viejas? Y si las razas solo son viejas o nuevas por las ideas, los sentimientos y las costumbres, claro es que solo por el cambio de ideas, sentimientos y costumbres pueden ser rejuvenecidas.

Agustín ALVAREZ.

El próximo Pic-Nic organizado por el grupo Editor de LA PROTESTA, se realizará el 3 de febrero, y su beneficio será para el Comité Pro Presos y Deportados